

¿ESPECIALIZACION O UNIVERSALISMO?

NOTAS DE FILOSOFIA

P. ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS

O mucho me equivoco o estamos llegando por fortuna a un momento en que el dilema que plantea el título de estas notas quede definitivamente desenmascarado como una de las falsedades que con aspecto más inocente han venido sembrando el caos en el mundo complejísimo y en extremo grave de la orientación profesional. A medida que los saberes fueron desbordando la capacidad enciclopédica del hombre se impuso la necesidad de la especialización, que manifestó, por su parte, una fecundidad insospechadamente prometedora. Paso a paso, de la gran familia del saber humano se fueron acotando diversos aspectos que cobraron autonomía y corrieron, a merced de su lógica interna, su propia y brillante suerte. Por otra parte, la racionalización y tecnificación del saber atomizó de tal suerte los procesos de investigación y producción que se hizo posible e incluso a veces necesario limitar el campo de la actividad individual en proporciones a primera vista inhumanas. Las perspectivas amplias que parecían posesión inalienable del hombre culto se convirtieron así en posesión exclusiva del que ejerce una labor directiva de investigación o de operación. Una llamarada espectacular de éxitos siguió a la instauración de este método, y el hombre moderno—atenido con fanática unilateralidad al logro de poder sobre la naturaleza—interpretó el buen éxito técnico como un refrendo de la exactitud metodológica del procedimiento. La especialización se cubrió de prestigio, y, a pesar del celtibérico "que inventen ellos" de nuestro Unamuno y otros exabruptos semejantes, lo cierto es que cinco cuartas partes del mundo no hicieron sino volver la vista con nostalgia hacia los centros en que se operaba el milagro científico y técnico de los llamados "tiempos modernos". El seguro paso de la Ciencia causó asombro en los medios profesionales no propiamente "científicos", y hasta el día de hoy no han logrado éstos desembarazarse, para mal de todos, del innegable complejo de inferioridad que causa a los cultivadores de las Ciencias del Espíritu la firmeza metodológica y el proceso continuo, uniformemente acelerado, de las Ciencias de la Naturaleza. ¿Hasta cuándo se mantendrá este estado de cosas, que sólo al amparo de un confusionismo nefasto pudo haberse impuesto a lo largo de centurias?

Hoy más que nunca conviene detenerse a pensar en tan grave tema, pues me parece advertir en el horizonte signos prometedores de renovación. Pienso, en efecto, que para orientarse en problemas tan delicados como éste hay que ahondar muy seriamente en las cosas, y al presente se advierte en ciertos sectores una voluntad indeclinable de llevar a cabo una labor intelectual en extremo rigurosa. Parece ser que los tiempos de los éxitos ganados con brillante retórica vacía van afortunadamente precipitándose en el pasado, y se valora cada día más la eficacia perdurable de la acción seria, serena y responsable de los que trabajan en la oscuridad fecunda del surco esforzadamente abierto.

Viendo así a la debida profundidad los problemas de la propia profesión se advierte la ineficacia, a la larga, de entender los conceptos de modo abrupto y ver, de consiguiente, multitud de contradicciones donde sólo hay contrastes, lo cual es máximo signo de

mediocridad espiritual. Cuando uno examina en serio su ámbito intelectual de acción, por fuerza debe adivinar a su alrededor un campo muy amplio de resonancia, formado por las innumerables y profundas vinculaciones que sus temas de estudio ofrecen con otros afines. Al que profundiza en una cuestión y le hace la debida justicia se le ofrecen, por añadidura, mil otras cuestiones que dan perspectiva a su saber. Sólo al nivel superficial de la mera erudición siente el hombre lo concreto como aislado y puede justificarse el contraponer drásticamente la especialización y el universalismo.

El que haya intentado alguna vez hacer la experiencia de seguir y perseguir un tema hasta sus últimas implicaciones habrá podido comprobar con renovada sorpresa que en los niveles profundos cada detalle es un *resonador del todo*, y el tejido de los problemas se hace extremadamente sensible, ya que en cada célula parece vibrar la vida entera del Universo. Por eso el estudio *profundo* inspira una actitud de *piEDAD*, que es capacidad de *sobrecogimiento*, de dejarse penetrar por lo altamente valioso y significativo. El trato superficial con las cosas, que no hace sino manipular conceptos como monedas usadas y desgastadas, inspira actitudes expeditivas de mercader. El tráfico de géneros culturales banaliza al hombre, porque lo prende en las capas más *superficiales* de los seres.

La verdadera especialización es la del que convierte su objeto de estudio en atalaya desde la cual contempla, a nivel de hondura, la infinitud del Cosmos. No procede, pues, ni el anquilosamiento en un tema particular, ni el universalismo apátrida, pues lo que otorga personalidad al hombre es poseer un punto de vista, un centro de estudio, un ángulo de perspectiva, porque esto confiere orientación y, en definitiva, poder de unificación frente a la diversidad caótica de lo múltiple.

El profesional verdaderamente consciente de las implicaciones de su materia específica de estudio vive la aventura cotidiana del incremento de saber desde su peculiar situación. La prensa diaria, el paseo por el campo, la vida familiar, la lectura, los espectáculos, etc., ofrecen a los diversos enfoques perspectivas del mayor interés. Paseando en una ocasión con el anciano teólogo de Tübingen, el venerado Karl Adam, por el jardín de su casa, me confesó que en su vida profesional había desempeñado la Naturaleza un papel nada secundario. "Un teólogo—decía—debe sentirse en muy estrecha vecindad con los hombres y con las cosas, y saber oír su voz, que viene de muy lejos. Ahora que por mi edad y mi dureza de oído apenas cultivo la práctica del diálogo, el trato con la Naturaleza viva es para mí un estímulo constante a la meditación intelectual." A todo el que haya leído las obras del gran escritor germano estas palabras le recordarán las páginas más bellas y evocadoras que salieron de su pluma. Karl Adam se abrió al mundo como teólogo, y el fruto de la fecundación que es todo diálogo sincero está en esa media docena de obras suyas que han sido para varias generaciones una ventana abierta a la realidad en toda su plenitud.

Por lo que toca a la Arquitectura, cualquiera de los lectores de esta Revista podrá citar varios nombres bien conocidos de grandes creadores contemporáneos de formas arquitectónicas que deben en gran parte su inspiración al contacto profundo con el gran mundo de la cultura.

Descendiendo un poco más a la arena de lo concreto, pienso que en todas las actividades artísticas—en el sentido amplio—del momento se advierte una influencia soterrada, pero decisiva, por parte de la Antropología o concepción del hombre. Algunos arquitectos jóvenes me han pedido que les ayude en su esfuerzo por comprender profundamente el significado de algunas corrientes arquitectónicas actuales. Naturalmente, no se refieren a la vertiente técnica de las mismas, sino a lo que de filosófico puedan llevar implicado en sus más hondos e implícitos presupuestos. Mi respuesta es inequívoca: pienso que lo que decide, quiérase o no, la marcha de las Artes, de cuanto significa una actividad creadora plástica, es la concepción del hombre que está a la base de ésta. Piénsese, por ejemplo, en fenómenos tan característicos de la hora actual como el Arte abstracto y el Objetivismo artístico (cine objetivo, novela y relato objetivos, música serial, etc.). Pese a la grave desorientación que sufre la cultura actual y que la convierte en un campo caótico de ensayos inconexos, carentes en parte de sentido, estimo que, vistas las cosas con la debida perspectiva, hay una invitación a la espe-

ranza en el equilibrio y arrojo, a la par, con que se está logrando plantear en la actualidad los problemas fundamentales de la concepción del hombre. Esto nos permite y exige, a la vez, adoptar una gran flexibilidad mental en la orientación metodológica de las diversas ramas del saber, y la posibilidad de mantener actitudes complejas, extraordinariamente ricas, y difíciles de sostener por la proclividad del hombre a adoptar actitudes extremas y unilaterales.

Sólo en este clima será posible un especialismo bien entendido, por contraposición al cual pueda en rigor afirmarse que cierto tipo de especialista es un "bárbaro de la inteligencia".

Cuando, hace unos decenios, se alzó en el corazón de un sector de españoles la nostalgia por el saber técnico de algunos países extranjeros no faltaron escritores que se apresuraron a lanzar el S.O.S. de la cultura en peligro. Pero, bien vistas las cosas, dedicar tiempo y energías a delatar los peligros del ultraespecialismo en países que no han superado las técnicas agricultoras de los romanos es un pasatiempo tan vano como publicar loas al ocio y sus altos valores en medios sociales que entienden el trabajo como una maldición bíblica que debe reducirse a la dosis mínima permitida para la conservación de la especie. Cuando se trata de temperamentos poco inclinados a tipos de actividad lentos, penosamente especializados y parcos de perspectivas, escasamente o nada personales, como es el trabajo que exige la técnica actual a casi todos sus cultivadores, no procede anatematizar en bloque el proceso de creciente tecnificación que está viviendo Occidente desde hace cuatro milenios, sino destacar la necesidad de guardar el equilibrio entre las fuerzas éticas de la persona humana y el poder sobre los elementos naturales que facilita al hombre el saber técnico. R. Guardini ha sabido darnos a este respecto una lección de equilibrio que el hombre de hoy, a quien tanto va en lo personal, sabrá—a su tiempo—debidamente valorar y agradecer. "Lo que necesitamos—escribe—no es menos técnica, sino más. Mejor dicho: una técnica más fuerte, más reflexiva, más humana. Más Ciencia, pero más espiritual, mejor conformada. Más energía económica y política, pero más desarrollada, madura, consciente de su responsabilidad, decidida a integrar al individuo en el contexto que le corresponde" (1).

Conviene, por tanto, distinguir muy cuidadosamente entre lo que la actividad técnica tiene de esforzado, de renuncia al egoísmo individualista, de labor callada, constante y sobrecogedoramente eficiente, por una parte, y lo que en ella pueda latir de espíritu prometeico, de tendencia al desarraigo frente a los altos valores del espíritu. En principio, es indudable que toda forma de conocimiento de la Naturaleza responde a un afán puro de abrir horizontes al saber. Y en este aspecto no hay oposición alguna entre el saber técnico y el desarrollo de las posibilidades más altas del espíritu humano. Pero es también innegable que este género de saber libera energías y desencadena procesos que son muy fácilmente presa de apetitos meramente vitales que plantean la batalla al espíritu en un terreno a todas luces desfavorable a éste. Ante el éxito material y el incremento de poder coactivo, los valores del espíritu aparecen como algo vacío, a lo sumo idealmente bello, pero carente de efectividad y, por tanto, irreal. Realidad es eficiencia, y al nivel de los instintos humanos nada más eficaz que el poder técnico. La Historia de los últimos años no es sino un ejemplo trágico de esta especie de trampa que el saber técnico tiende al espíritu en su carrera investigadora. Recuérdese la conmovedora estampa del físico atómico Otto Hahn, presa de un desesperado abatimiento junto a la alambrada espinosa de un campo de concentración al enterarse de que se acababa de estrenar la primera bomba atómica sobre una bella ciudad japonesa. "Yo siempre he investigado—afirmó—por amor a la verdad. Pero ahora veo que mi vida ha carecido de sentido."

Este desequilibrio entre el poder que tiene el hombre sobre la materia y el poder de que dispone sobre tal cúmulo de poder no debe llevarnos a fáciles diatribas contra la técnica, por seguro que sea el éxito que esta actitud crítica lleve aparejado ante un público pronto a dejarse conmovir por las soluciones violentas. Lo que hoy importa es formar la conciencia de las generaciones que han jugado sus primeros juegos sobre las ruinas de la última guerra en la necesidad de guardar el equilibrio y no dejarse seducir por el señuelo que cegó a nuestros abuelos: el mito del progreso ilimitado. Si un ligero incremento de poder produce un

(1) Cf. *Briefe vom Comer See*, M. Grünewald Verlag. Mainz, 1953, pág. 89.

acrecentamiento proporcional de felicidad, no parece ilógico en principio que un poder ilimitado se traduzca en felicidad sin fronteras. Las dos últimas grandes contiendas dieron un mentís brutal a esta ilusión y pusieron al hombre occidental al borde del desconcierto. Las últimas generaciones, que llevan en sus nervios la acritud del fracaso, pero también la madurez de la desilusión, pacientemente soportada y en parte asimilada, se muestran ávidas de doctrina sólida, de un trabajo intelectual sereno, esforzado y sincero. ¿No ha de verse aquí un síntoma de que no ha sido vana la conmoción que sufrió últimamente la Humanidad?

El papel que aquí compete a los educadores es decisivo, pues, como está patente en la Historia, los grandes cambios de los pueblos se forjan en las aulas y en los despachos de los escritores. Si esto es así, se impone decir inmediatamente y sin ambigüedades tímidas que mientras se entienda la cultura como un quehacer de *información* y no de *creación*, estaremos presos en las mallas del dilema que ensombrece la vida intelectual del mundo contemporáneo: "¿O especialización o universalismo!" Si en los centros de cultura superior se obliga a los jóvenes a aprender servilmente unas lecciones que no son en muchos casos sino resúmenes de manuales, que suplen la falta de perspectivas provocada por la superficialidad con un incremento de datos deshilvanados, mole de materia cultural indigerida e indigesta que los alumnos deben intentar en vano asimilar, se plantea la batalla intelectual en el terreno de quienes propugnan la necesidad de encasillar el espíritu en el ámbito cerrado de temas perfectamente acotados, sin la menor voluntad de apertura al ancho mundo del espíritu.

Frente a esto, lo que urge destacar es que la formación debe ser especializada, pero no tecnicizada; hay que optar por una rama del saber y comprometerse en su estudio, pero evitando el apego banal al clisé, a la fórmula estereotipada que no es sino camisa de fuerza del espíritu, anteojeras que reducen la amplitud de visión de un ser como el hombre hecho para vivir en nivel cósmico desde su atalaya profesional.

Formación no es erudición, sino creación, puesta en forma de las fuerzas creadoras del hombre, no amontonamiento amorfo de pretendidos saberes. Todo el que ha escrito algo original, o ha resuelto por primera vez un problema, o ha modelado un estilo hizo una labor creadora. El que estudia lo que otros han creado debe abrirse a la sorpresa de lo originario, a la aventura que implica todo acto de creación, no limitarse superficialmente a recoger los frutos de este esfuerzo y manipular el saber, como niños o primitivos que ponen en juego, oprimiendo un botón, artefactos que llevan tras de sí el esfuerzo milenario de las mentes más poderosas.

Formar es enseñar a ver el mundo de la cultura en su novedad primera, a la luz de su proceso genético. Así entendida, la formación no despierta en el joven sentimientos de *hybris*, desarraigo u orgullo prometeico, sino actitudes de sobrecogimiento y profundo respeto. Y este asombro, como sucedió a los antiguos helenos, alumbró las aguas vivas de la inspiración creadora, que sólo surge en rigor cuando el hombre entiende su existencia, la vida y el Universo como un *don*.

Este género de formación configura en el joven una idea viva de la auténtica libertad, la que brota en la tensión reverente del diálogo, no en la retracción egoísta de la soledad. Sólo entonces es posible el verdadero trabajo en equipo, que es servicio comunitario a lo profundo, y la labor impersonal del trabajo especializado se carga con un sentido eminentemente personal de compromiso y colaboración que redime al hombre de la caída en la inautenticidad de una labor desarticulada.

Este sentido personal y creador de la formación tiene unas exigencias tales que, si fuésemos sinceros, nos obligaría a renovar de raíz gran parte de nuestros sistemas educativos, sin ampararnos en las deficiencias, reales o aparentes, de los métodos humboldtianos para justificar una tradición pedagógica que no tiene hoy día más amparo que la rutina y la inercia de los profesionales de la educación. Es indudable que esta renovación valiente hacia formas de enseñanza más vitales, más semejantes al modo que tiene la vida de crecer, que es un proceso orgánico de dentro afuera, eminentemente creador y fecundo, exigirá al hombre actual un despliegue de virtudes, intelectuales y morales, altamente considerable. Pero nadie rehuirá el esfuerzo si es consciente de que está en juego una decisión trascendental, es a saber: si la crisis actual va a degenerar en caos o si será, más bien, un trauma de nacimiento.